REVISTA DIGITAL DE NARRATIVAS DE LA ESCUELA

Junio, 2024. Núm. 1

Recreo





¡¡Gue' gui' xa, maestra!!



Fotografías:

© Archivo Fotográfico

LELE Círculo Literario de Maestr@s Oaxaqueños

Comité Editorial:

Rigoberto González Nicolás

Daney Salazar Rueda

Elsie Rockwell Richmond

María Teresa Andruetto

Mercedes Calvo Astiazarán

Fidel Garrido Martínez

Blanca Imelda Castro Martínez

Heriberta Sandoval Amaro

Jorge Arturo Borja

Diseño de portada e interiores:

Emanuel Fabián Hernández

Recreo. Revista Digital de Narrativas de la Escuela
es una publicación de LELE Círculo Literario
de Maestr@s Oaxaqueños
Sus autores son profesores de educación básica
que comparten las historias de los personajes
y acontecimientos de la escuela.
Deseamos que los maestros lectores de Recreo...
sean también escritores de nuevas historias.
Recibiremos sus colaboraciones a los correos:

lele.circuloliterario@gmail.com
gonzanic@yahoo.com

ISBN: en trámite

Hecho en México



1. **Invitación.** 5

2. **¡¡Gue' gui' xa, maestra!!** 7

Profra. Beatriz Alonso Toledo

3. **La caverna del caracol** 11

Profr. Víctor Fuentes Martínez

4. **Los exilios de la infancia** 15

Profr. José Gilberto Corres García

5. **Miopía** 18

Profra. Diana Violeta Solares Pineda

Invitación

Profr. Fidel Garrido Martínez

...Y cuando por fin consiguió hablar, temblando, tartamudeando, pidió a su padre: -Ayúdame a mirar".

Eduardo Galeano, El libro de los abrazos.

Una vez más, el timbre o la campana que anuncia el Recreo, rompe de golpe los candados del silencio que se resguardan tras las puertas de las aulas; adentro, nace una pausa, se cierran las lecciones de los libros, al tiempo que los lápices se dan un respiro al lado del sacapuntas; afuera, la fiesta colectiva; unos y otros se buscan, todos son cómplices de la alegría. Llegó el Recreo, un gran motivo para estar alegres.

En la escuela, el Recreo rompe la monotonía que a menudo produce la necesidad impuesta de aprender; nos libera lentamente de la quietud e invita a recrear nuevos escenarios que entretejen niños y maestros. Es el tiempo para el Recreo, podemos dejar un instante las operaciones básicas, la traslación y rotación de los planetas de nuestro sistema solar y la historia evolutiva de los homínidos; es hora de trepar al barquito de papel y dejar que nos arrastre la corriente de la fantasía.



Es momento del Recreo, y quizá algún niño travieso que hostiga a sus compañeros se salvará de la reprimenda de su maestro, o tendrá unos minutos para articular su defensa; quizá algún profesor se ocupará en ese tiempo del Recreo a investigar si la salamandra es reptil o anfibio, para así responder con certeza a ese pequeñito precoz de segundo grado de primaria que lo sorprendió en curva.

El Recreo es el santuario de la felicidad; ahí esperan las pelotas, los amigos con piedras en los bolsillos para derribar los mangos que maduran en abril y mayo; habrá quienes acosan las mariposas de colores infinitos que revolotean en las colindancias, donde los niños tienen prohibido transitar. En el Recreo se comparte con los amigos el desayuno que mandó mamá, si no, habría que apurarse con las monedas para comprar las vendimias que esperan a la sombra de los almendros.

Recreo. Revista Digital de Narrativas de la Escuela, en su Número Uno, brinda el espacio a cuatro voces de maestros y maestras que protagonizan y viven de una forma muy particular la escuela de estos días; cuatro relatos con los que nos sentiremos identificados y rescatados del abismo que provoca el olvido.

Desde Recreo. Revista Digital de Narrativas de la Escuela, los autores narran la escuela a partir de las relaciones colectivas que se generan de manera cotidiana; estas historias son una invitación abierta a la narrativa que permitirá construir paulatinamente otros mundos, esos que ayuden en nuestra formación como docentes y escritores.

En este Número 1 de Recreo..., los profesores Beatriz Alonso Toledo, Víctor Fuentes Martínez, José Gilberto Corres García y Diana Violeta Solares Pineda, nos narran historias que se construyen y reconstruyen la escuela y los hogares de los protagonistas, cada uno vive situaciones muy peculiares que dan colorido a los contextos donde se desarrollan.





En “¡¡Gue' gui' xa, maestra!!”, Beatriz nos narra un pequeño trecho de su vida docente en la Escuela Primaria de San Blas Atempa, del Istmo de Tehuantepec; en su primer día, ella se enfrenta en Diidxazá (Zapoteco) con su alumno Juan Carlos, quien la rechaza en su lengua ancestral, por ocupar el lugar de su maestra anterior. Víctor Fuentes, en “La caverna del caracol”, nos trae a Na Matu, una maestra que se estableció en Unión Hidalgo, Oaxaca, desde hace 42 años a ejercer la docencia, y cuya única preocupación era echar a andar sus proyectos escolares. En el relato “Los exilios de la infancia”, el Profesor José Gilberto Corres afronta el desánimo de su alumno Edi, de tercer grado, quien se niega continuar sus estudios en tiempos de pandemia. Y finalmente, en “Miopía”, Diana Solares se adentra en la intimidad del recreo a través de su personaje Lourdes.

Recreo. Revista Digital de Narrativas de la Escuela, es una búsqueda constante, una oportunidad para maestros y maestras de hacer llegar su voz, su palabra, sus historias a docentes de nuestro país; es una forma de enriquecer la memoria de nuestras escuelas, de nuestra gente, de nuestros pueblos a través de las letras.

¡¡Gue' gui' xa, maestra, maestra!!

Profra. Beatriz Alonso Toledo[1]

En sus primeros días como maestra tuvo una agradable experiencia. La maestra Beti inició su historia de vida docente al norte del estado de Oaxaca, en una comunidad chinanteca de clima caluroso, con largos periodos de lluvias, y generosos árboles frutales, rodeada de cerros, de tierra ardiente por el clima y la calidez de sus habitantes.

Era un día normal, lluvioso, todos los alumnos de "la nueva maestra" ya estaban en el aula, sólo faltaba Lucía. Después de 15 minutos de clase, la maestra se asomó por la ventana y alcanzó a ver a lo lejos un diminuto cuerpo que se acercaba esquivando los charcos. ¡Era Lucía! Su pequeño cuerpo chorreaba de agua. La maestra se conmovió al ver que Lucía prefirió cubrir con una bolsa de nailon la mochila para que sus libros no se mojaran. Beti la abrazó con fuerza, sin importar que también ella se mojara.

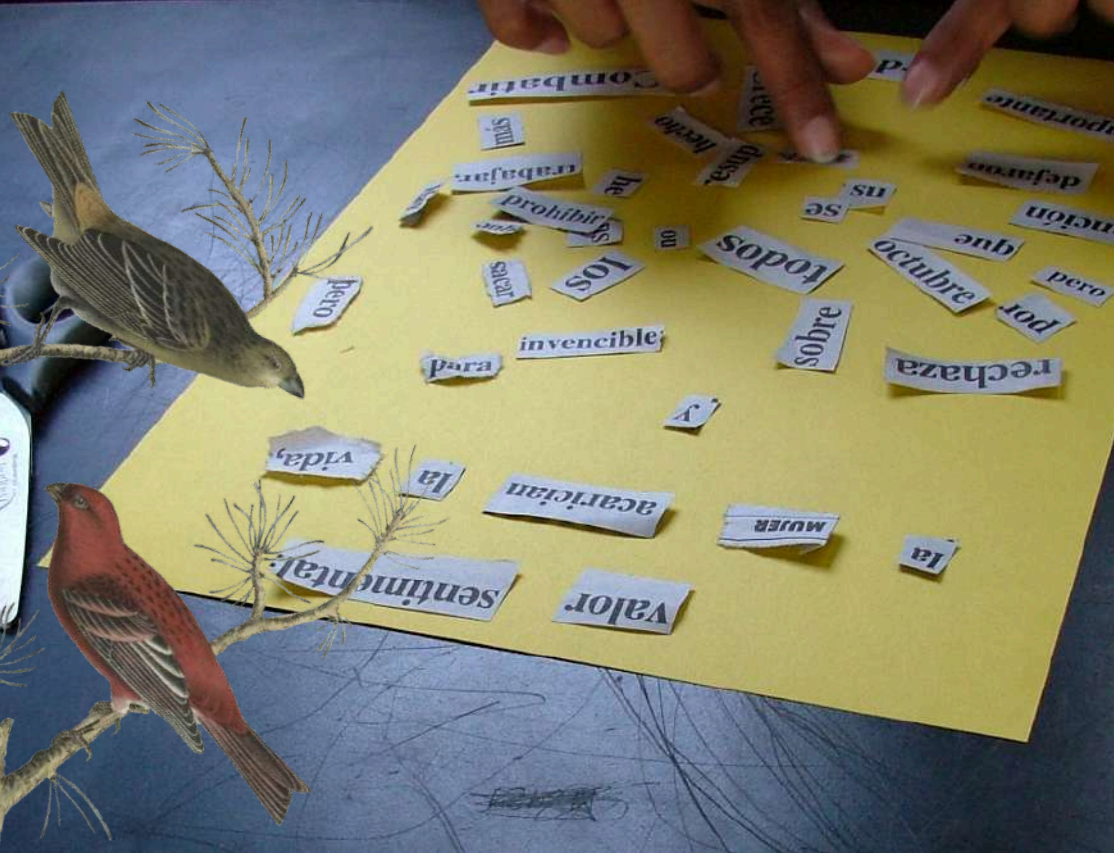
Una pequeña con ocho años de edad le había dado una lección de vida: ¡el gran valor de los libros!
Para ayudar a Lucía, Beti pidió a sus alumnos que al día siguiente llevaran ropa para que su compañera eligiera la que mejor le quedara. La maestra se sorprendió por la respuesta de todos sus alumnos: había tanta ropa que parecía un tianguis, ¡sí!, uno para Lucía.

La clase de ese día fue muy especial. La maestra y sus alumnos jugaron al tianguis, compraron, vendieron, sumaron y restaron. Esta fue una muestra de solidaridad hacia la joven maestra que se estrenaba en la región chinanteca. Los días lluviosos siguieron, así que los niños y su maestra consiguieron nailon para confeccionar una capa para Lucía. Ella, la pequeña Lucía atesoraba la prenda que le habían regalado.





1 Profesora de educación primaria. "Gue' gui' xa, maestra" se produjo en los talleres de escritura impartidos por LELE Círculo Literario de Maestr@s Oaxaqueños, durante el ciclo escolar 2016-2017. Dice la maestra Beti "me agrada escribir, sé escribir, y me gusta leer lo que escribo, y luego me digo ¡¿dónde tenía escondido todo esto?!".



Beti, desde sus comienzos como maestra, decidió enseñar con dedicación y entrega. Para ella, sus alumnos tienen una historia que los hace únicos y sorprendentes.

Beti ha mantenido hasta ahora su manera de enseñar basada en la paciencia, la escucha, y actividades lúdicas. Ella afirma que su método ha funcionado, pues sus alumnos aprenden a leer y a escribir jugando con tarjetas que contienen palabras y dibujos que más tarde se unirán para formar nuevas palabras, frases, cuentos... infinidad de textos.

Recién recuerda cuando Víctor, uno de sus alumnos de primer grado, aprendió a escribir mamita.

—¿Aquí dice “mamita”, maestra? —preguntó Víctor—.

—Sí, ahí dice “mamita”, lo acabas de escribir—respondió Beti—.

—Ya sé escribir “mamita”, ¿verdad, maestra? —dijo Víctor a uno de sus compañeros, mientras saltaba de alegría—.

La profesora, con una sonrisa, asintió con la cabeza y chocó las pequeñas manos de Víctor con las suyas en señal de aprobación.

Gue' gui' xa, maestra.



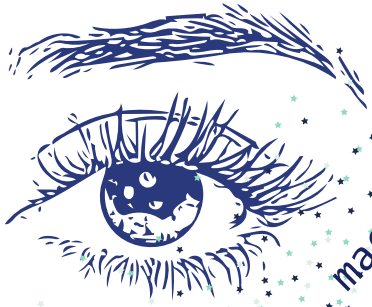
Mi nueva escuela

Beti, como muchos maestros oaxaqueños que se iniciaron en la docencia en localidades alejadas de sus pueblos de origen, buscan el cambio de escuela y así acercarse poco a poco a sus regiones. Estos cambios siempre entrañan grandes desafíos. Y uno de ellos es ocupar el lugar de otro maestro.

Este fue el reto que Beti afrontó al cambiarse a la escuela primaria de San Blas Atempa, en el Istmo de Tehuantepec. Beti comenzó a laborar en la cuna del Diidxazá (Zapoteco) y del totopo güero, en San Blas, una comunidad donde las personas se comunican desde la transparencia de sus emociones, sin simulaciones.

Cierto día, Beti le pidió a Juan Carlos, un adolescente de cabellos rebeldes y mirada retadora, quien entonces cursaba el sexto grado, que se sentara en su silla porque la clase iba a comenzar. Juan Carlos estaba furioso, no podía entender cómo una persona extraña venía a ocupar el lugar de su pasada profesora. Juan Carlos, en su lengua zapoteca le respondió:





¡Ni rusiidi´riene Diidxazá, Gue' gui' xa, maestra, güey!

—Gue' gui' xa, maestra

La maestra Beti tenía ante sí un gran reto: debía superar las expectativas de Juan Carlos y sus compañeros. No pretendía ser igual a la maestra que se había ido, porque no la conocía, no imaginó vivir una situación así... Era un reto difícil, pero no imposible, —pensó Beti—, y le respondió a Juan Carlos en español:

—Nunca la he probado y yo creo que no me va a gustar y, tú, ¿ya la probaste?

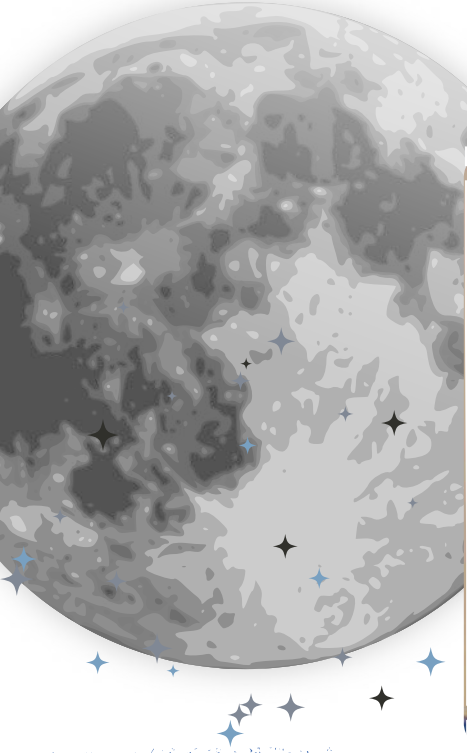
Juan Carlos con una sonrisa pícara, apenado dijo a uno de sus compañeros:

—¡Ni rusiidi´riene Diidxazá, Gue' gui' xa, maestra, güey! [¡Entiende zapoteco, entendió que le dije “come mierda, maestra”, güey!]

Después del incidente, Juan Carlos se convirtió en uno de los alumnos más aplicados y caballerosos; la “usurpadora”, quien le había provocado un sentimiento de ira, se volvió una buena amiga o, como decían sus compañeros, en “su novia de mentira”.

Por su parte, Beti decidió ganarse día a día aquel grupo que la consideraba una usurpadora. Como dice el dicho “no hay mal que dure cien años”, ni maestra que lo aguante; sin darse cuenta, sus nuevos alumnos la rodeaban durante el recreo, entre abrazos y risas, se fue dando la magia de la aceptación.

En cierta ocasión fue Luz del Carmen, otra alumna del grupo, quien le comentó a Beti: “Antes de que usted llegara, Juan Carlos era un burro”. Sus palabras confirmaban, una vez más, que la paciencia y el empeño de una profesora superan cualquier desafío. Beti reflexiona “Si ya me invitaron a comer mierda, qué más me pueden ofrecer...es mejor no investigar”—dijo entre carcajadas—.





La caverna del caracol

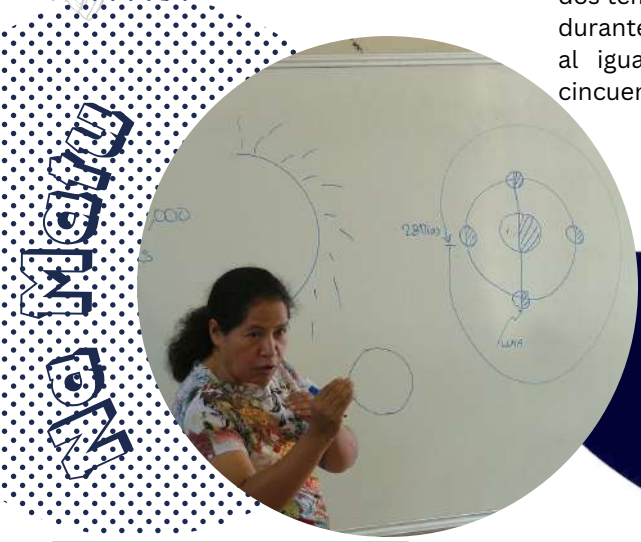
Profr. Víctor Fuentes Martínez[2]

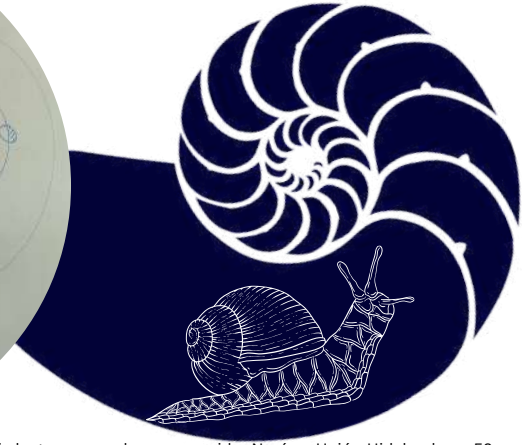
La fuerza que le dio a su vida magisterial convirtió a la maestra Matu, en Na Matu; vino de lejos, de las tierras del centro del país; llegó a Unión Hidalgo, Oaxaca, en ese tiempo cuando los maestros podían elegir cualquier estado de la república mexicana para trabajar. Ella se quedó en una escuela de aquí.

Na Matu vio crecer la sombra de los tres últimos árboles del parque central, los mismos que podó y cuidó con esmero; primero dibujó sus sombras en una libreta desgastada y, más tarde pepenó las semillas de los dos huanacaxtles; ella nunca pudo recolectar las semillas del pochote, ya que el primer viento de febrero hacía volar sus algodones. Esos algodones del pochote le recordaban su pueblo algodonero donde vivió de niña.

Na Matu se empeñaba en mantener la limpieza de su escuela. Su gusto empecinado por la limpieza, el orden y el cuidado, la llevó a diseñar un plan de trabajo para diez años, que debía exponer y ser aprobado por su director, un hombre que daba prioridad a los asuntos administrativos. Ella no encontraba el momento propicio para exponer su propuesta, así fue que creció la impotencia y el coraje en su corazón de maestra, y por eso dio una tregua a su proyecto.

Con el paso del tiempo, Na Matu puso en marcha parte de su propuesta de trabajo. Del plan y programas de estudio destinado a la educación de los niños de primaria, ella eligió dos temas: la lectura y el amor a la naturaleza. Ella se sentía dichosa con sus dos temas elegidos y defendió su propuesta durante muchos años frente al director, que al igual que ella ha cumplido sus casi cincuenta años sirviendo a la niñez.





2 Me gusta compartir lo que escribo y entre más lo disfruten mis lectores, me doy por servido. Nací en Unión Hidalgo hace 58 años, aquí vivo y sólo he salido contadas veces, creo que los viajes no se llevan bien conmigo. Me gusta disfrutar del viento, del calor y la brisa del mar; y también de la compañía de mi gente que, sin ellos, mucho de lo que escribo no sería posible.



Mantener el optimismo con tantos años de servicio parece cosa imposible, Na Matu ya no se levanta por las mañanas con la misma energía del primer año; ella con sus cuarenta y dos años de trabajo, conoció los planes del gobierno, sus reformas educativas, los cambios de portadas y contenidos de los libros de texto, la enseñanza por proyectos, por unidades, por contenidos, por competencias, por lecciones, por enfoques... ¡todo se mezcla en su cabeza de maestra!

Si uno la oye hablar de su director, lo describe como alguien inquebrantable, firme y obstinado; ella lo recuerda como una persona amante de sus funciones, celoso de su autoridad, difícil de dejarse convencer. Sin embargo, ella continuó con su plan; trabajó durante 10 años para llevarlo a cabo con la ayuda de los alumnos, padres y maestros.

En agosto de 2017 decidió concluir su proyecto, pero vino el terremoto y su sueño se diluyó.

Na Matu reinició otro ciclo escolar, creó un calendario de días festivos: del árbol, de la tierra, del agua, de la biodiversidad, del océano, del medio ambiente, de la poesía; también festejaba cumpleaños de poetas y escritores famosos. El día de la feria de los libros inauguró y reinauguró la biblioteca, entre otras actividades.

Ese murmullo que Na Matu escuchaba de sus compañeros, llenaba su ego, la engrandecía, la hacía sentirse el centro de la atención de todos; ellos se daban cuenta que estaba a la vanguardia en los temas de lectura y cuidado del medio ambiente. Na Matu no pasaba desapercibida ante los ojos de las maestras y maestros recién llegados a la escuela; no quería perder el lugar conquistado, por eso motivaba a algunos maestros a emprender sus propios proyectos.

También Na Matu conocía los títulos de la colección Libros del rincón, tenía predilección por aquellos que cuentan la vida de personas importantes. No dejaba de hablar y de recomendar la biografía de Wangari Maathai, la vida de Alexander von Humboldt, de Charles Darwin y de muchos otros más. Los años le pesan, pero no se da por vencida.

Para insinuarle que ya era hora de su jubilación, sus compañeros de la escuela la homenajearon, alguien leyó su reseña, le regalaron un centenario, le tocaron el son Paulina. Na Matu estaba feliz, y como muestra de agradecimiento, optó por llegar a la escuela más temprano de lo habitual.

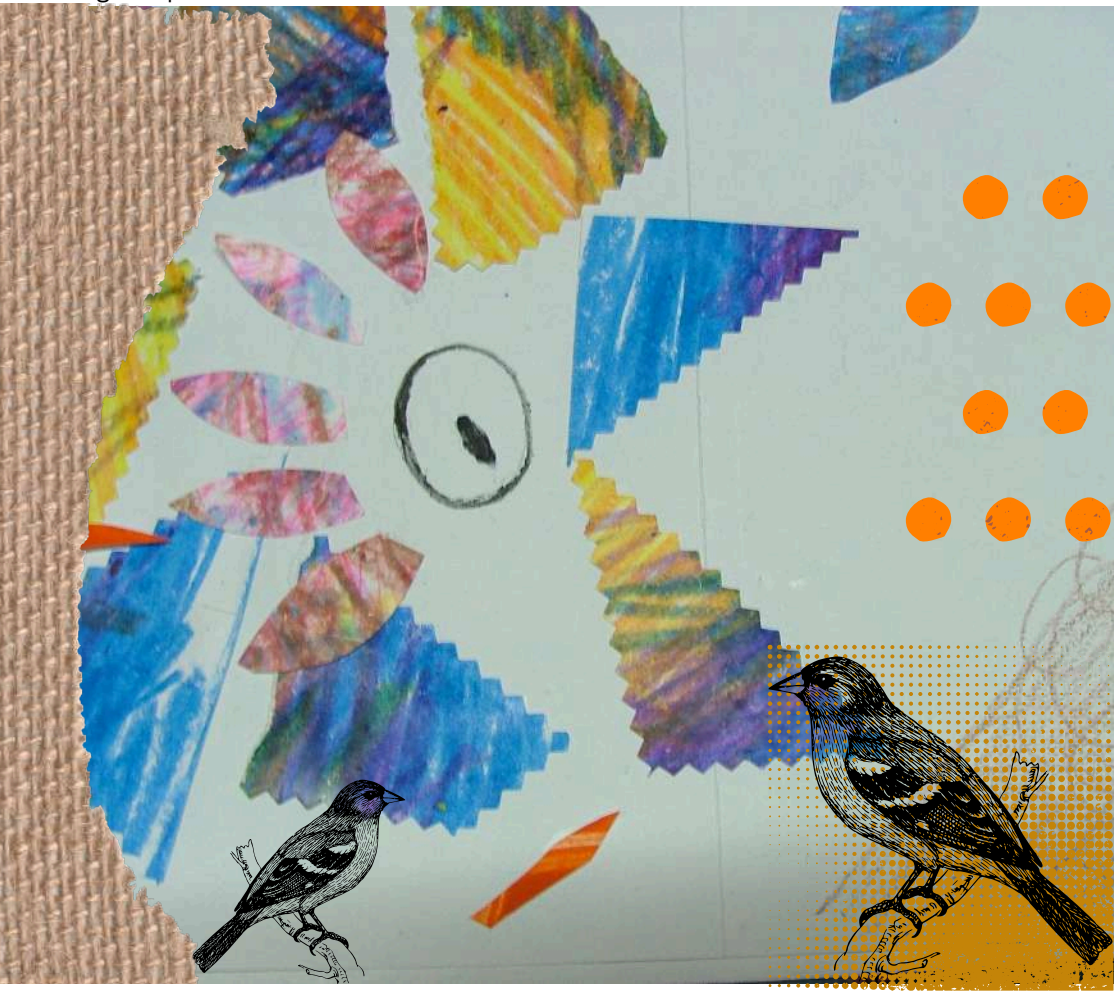
Al inicio del ciclo escolar siguiente, después de verla llegar radiante, uno de los maestros de educación física, dijo en voz alta, “no debimos tocarle Paulina, debimos haberle puesto Las golondrinas”.

Sólo los dos años de pandemia la detuvieron; entre el WhatsApp para enviar tareas a sus alumnos, el acudir de manera presencial con la mitad del grupo o en los meses en que llegaron todos, nada era normal, salvo su persistencia por llegar a la escuela. Muchos de sus compañeros maestros se han jubilado; el espejo donde se mira y mide su fuerza, es con su director, con quien ha limado asperezas, en apariencia se ha dejado dominar, pero en el fondo, ella considera que actúa por su propia voluntad.



Ella se ha quedado como los pájaros, en espera de otra canción para la despedida, se ha quedado como un nido vacío en el pochote; sus exalumnos la han agregado a sus cuentas de Facebook, le escriben “maestra chula, te queremos, te queremos mucho”. Su mérito, es ser la muestra más antigua de la escuela, es el baúl de los recuerdos, el archivo viviente de los pasillos y de toda la plaza cívica; es tan vieja como las puertas aplastadas por los balones, que con gusto patean los niños.

Na Matu. La que todo lo sabe, sabe todo y de todos. Su mérito más grande es hacer que lo imposible se haga posible; hace que los niños relegados por los otros maestros, se vuelvan “alumnos estrella”; que aquellos que no han aprendido a leer y a escribir un día cualquiera amanecen descifrando el mundo escrito; los niños que padecen los males de la escuela, ella, la maestra antigua, les devuelve la salud. Ella carga las alegrías y dolencias de todos. Na Matu es una caracola que deja un camino luminoso tras de sí.



Los exilios de la infancia

Profr. José Gilberto Corres García[3]

La infancia y los niños son recuerdos para los buenos tiempos, recuerdos que se atesoran con cariño al cabo de los años. Pero, aquí y ahora, nuestros niños están a merced de los patrones sociales dominantes.

En mi paso por las aulas, he aprendido grandes lecciones de la vida. Aprendí, por ejemplo, que eso que llamamos "juegos" con los que intentamos inducir algún tema de estudio son cosa aburrida para algunos niños y, hay quienes abiertamente nos retan a no jugar porque esas son cosas de niños. Y no hablo sólo de niños de cuarto a sexto grado. ¡No! Hablo incluso de niños que cursan segundo o tercer grado. Especialmente si son niños repetidores.

Eso es lo que llamo un exilio, tal vez no el primero de los exilios, porque hay niños que los exilian sus padres en sus propias familias. Niños que viven de prestado en hogares sin padre, o sin padre ni madre, o con ambos, pero en el abandono total.

Niños que van a la leña con los abuelos o abuelas, niños que emigran con los tíos o las tías, por rutas ordinarias de la vida. Burreritos, chiveros, cargadores de cosas y de penas. Luego hay otros exilios. Los niños de los dieces o los cincos. Los sucios y los limpios. Porque "Cuando sobre la tierra todos reconocen la belleza como belleza, así queda constituida la fealdad" (Lao Tsé, Tao Te King); y en esta sentencia se divide el mundo de los niños.



3 Soy maestro de grupo de tercer grado de primaria en la Escuela Primaria Vespertina "México", Zimatlán de Álvarez, Oaxaca. En el pozo del patio, aprendí a descifrar las letras que hasta hoy me acompañan.

Pero ahora, del año 2020 al 2022 todos fuimos a un exilio voluntario, inducidos por la pandemia. Cada quién se las arregló como mejor le vino. Todos nos alejamos de los otros; los niños se amontonaron entre los artículos decorativos de temporada, escondidos en sus libretas de dibujo o en el celular para que estén quietos y no salgan de casa; porque en verdad no se sabe muy bien qué hacer con los niños, es más fácil meter las decoraciones navideñas en una caja, que atender en todo momento la presencia de los niños en casa. A los niños sólo los salva exiliarse en la escuela. Pero en ese momento fueron expatriados de los amigos, de los juegos y del espacio dedicado a la infancia: la escuela.

Muy difícil resulta explicar los efectos adversos de la pandemia para niños y padres, pero sobre todo para los niños excluidos de la infancia, niños con el pesar de serlo, con una idea construida de las cosas que miran en su entorno, en los medios y en los adultos.

Hace unos días tuve una reunión con los padres de familia de mi grupo de tercer grado. El asunto principal era revisar cómo hacemos para integrar a otros niños y sus familias para que reporten trabajos y se sumen a las clases virtuales. La mamá de Edi, la señora Magda, me pregunta:

—Profe, lo que pasa es que... ¿¡yo no sé cómo hacerle!?, es que Edi ya no quiere estudiar, dice que sí quisiera ir a la escuela, pero que ya no quiere hacer tareas... bueno, en verdad ya no quiere ir a la escuela porque ya se siente grande, que mejor quiere trabajar, que mejor se quiere ir al campo a cuidar borregos con su abuelo o a ayudar a sus tíos en la albañilería. Es que no le gusta hacer tarea, y es que yo... pues la verdad... es que tengo que salir a trabajar y... pues casi no tengo tiempo para ver que haga tarea. Y antes, pues estaba yo con mis papás, pero ‘ora ya nos fuimos para nuestra casa y ahí todavía no llega la luz y por eso tampoco nos podemos conectar a las clases en el celular.



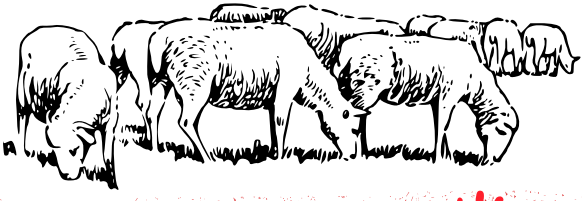


“¡Y ahora, a cuidar borregos!” Edi, el niño de diez años que está en tercer grado de primaria, niño delgado con bracitos asoleados y recios, que gusta de ayudar con trabajos más pesados de lo que aguantan sus compañeros, que pelea y se impone levantando la voz y amenazando con sus puños ante cualquier molestia, pero que después de dos años de educación a distancia, aún no sabe leer. Porque apenas lo intentaba en el segundo año que repetía primer grado, cuando nos sorprendió la pandemia, ¿cómo se va a ir al cuarto grado?, o, ¿cómo le va a ir en la vida si no termina?

¿Cómo decirle a Doña Magda que su niño debe estudiar?, que el futuro es incierto, incluso para el que termina una carrera. ¿Cómo le digo? “¡Ah! Pues verá usted, los niños de la generación de la pandemia van a enfrentar un rezago muy severo porque no se ha podido llevar un seguimiento adecuado a los tiempos. Que con pandemia o sin pandemia, él ya decidió estar fuera de la escuela”.

Y yo que había hecho tantos planes para estos niños. Es verdad que Edi era repetidor, que ya era más grande que los demás de nuevo ingreso, pero pensé entonces que podíamos hacer un buen primer grado y que, en segundo, podríamos hacerlo mejor. ¡Y se nos vino la Covid!, y arruinó los planes. ¿Y qué más le digo a la mamá de Edi, que se siente orgullosa de su hijito que ya creció un poquito? ¿Hasta dónde les irá a quedar el futuro a todas las familias de nuestros alumnos? Edi, se siente grande… expatriado de su escuela y sus compañeros.

Ya era un niño grande… para los otros chicos de la clase. Es cierto, Edi es más grande. Pero sigo pensando que, para él, un bote de mezcla de cemento o la pala ¡son mucho más grandes!



Miopía

Profra. Diana Violeta Solares Pineda

"Me llamo Loourdes". Era lo que pensaba, pero no se atrevía a decir cada vez que la maestra omitía la o en su nombre. Su abuela se lo había explicado de pequeña cuando ella misma no lo pronunciaba correctamente: "Acuérdate, es en honor a la Virgen de Lourdes, la que se apareció en una cueva".

De haber tenido el valor, les habría gritado y repetido hasta el cansancio su nombre a los niños que le ponían apodos burlándose de sus enormes anteojos. Pero nunca lo hizo, ante las burlas sólo guardaba silencio y ponía la mirada en alguna esquina o en el suelo.

Esa mañana, durante la clase de Ciencias Naturales, también se quedó callada cuando la maestra mostró al grupo el dibujo que ella hizo:

—A ver, ¿qué les falta a las hormigas del dibujo?

—¡Los ojos! –respondieron a coro las voces de treinta niños.

—Los ojos, ¿verdad? Dibújales los ojos. ¿O qué? ¿Vas a dejar ciegas a las pobres hormigas?

"Pero tienen antenas". Eso es lo que leyó en el libro de texto y es lo que respondió en voz baja mientras el grupo se reía.



A la hora del recreo, Lourdes eligió la sombra de la higuera en el patio. Desde ahí, en cuclillas, miraba a los niños corriendo de un lado a otro detrás de un balón y a las niñas caminando en grupos de dos o de tres, tomadas del brazo. A ratos le daba mordiditas a la torta de aguacate y queso, que todos los días le preparaban en su casa.

No es que le gustara mucho, pero su abuela pensaba que sí porque no pedía que se la hicieran de otra cosa. Lo mismo le sucedía cuando su abuela le ponía la falda a cuadros y la blusa con encajes en el cuello para ir a las fiestas, no le gustaban los cuadros y los encajes la asfixiaban. Tampoco le gustaba ir a esas fiestas.

De vez en vez, Lourdes tomaba un trocito de pan y lo deshacía entre sus dedos para dejarlo caer sobre las hormigas que entraban y salían de algún orificio de la tierra y subían por el tronco del árbol. Una fila iba y la otra venía. Miraba cómo algunas de ellas rodeaban las moronas y se las llevaban.

Cuando su madre aún vivía, cada tarde la escuchaba trabajar en la máquina de coser. Entonces ella se acercaba y se ponía en cuclillas para observar el movimiento de los pedales y de la banda que recorría las poleas y ponía a funcionar la máquina.

Luego seguía con la mirada el camino de los hilos: la hebra que salía de un carrete metálico, el cual se insertaba por debajo de la mesa de la máquina, y la hebra que bajaba desde el carrete superior atravesando diversos orificios hasta llegar a la aguja.

Y entonces la máquina se ponía en marcha, los movimientos frenéticos de la aguja hacían que se levantara una nube de pelusa, que ella podía mirar a través del rayo de sol que a esas horas atravesaba la ventana.

Su madre sabía que eso le gustaba, por eso cada vez que tenía que cambiar el hilo, le hacía una seña para que se acercara y, dándole la punta, silenciosamente la guiaba para ir pasando el hilo por todas las direcciones necesarias.





Un golpe en la cabeza y un sonido seco le hicieron perder el equilibrio. Apenas y pudo apoyarse en el tronco, el empujón de los niños que corrían detrás de la pelota terminó por tirarla al suelo. Frente a su nariz desfilaban las hormigas. Sintió fuertes punzadas, como si fuera a reventarle la cabeza. Ante sus ojos, una hormiga exploraba una morona: la rodeaba primero y luego la tocaba con las antenas como si tratara de percibir su tamaño y su sabor, y después la levantaba con cuidado para llevarla con las demás hormigas.

—¿Está muerta? —preguntó con voz chillona una niña de primer año.

—Nomás atarantada—dijo otra, entre las risas de las niñas que rodeaban a Lourdes que seguía tirada en el suelo.

Se oyeron tacones sobre el cemento y el círculo se deshizo cuando sonó el timbre anunciando el fin del recreo.

—¿Y tú qué haces ahí tumbada?—La maestra tomó del brazo a la niña y la levantó. La pequeña de primero corrió llevándole los anteojos que habían caído lejos. La maestra le acomodó el suéter, sacudió con brusquedad el polvo de su falda y la llevó hasta donde estaban los demás niños.

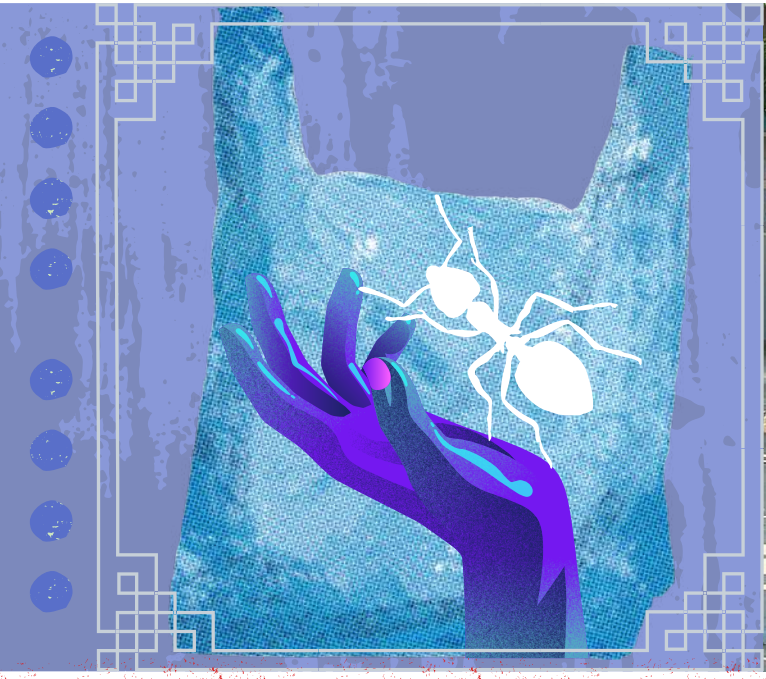
—No tienen ojos.

—¿Qué dices? —preguntó la maestra.

—Miran con las antenas.

La maestra la metió a la fila que ya avanzaba hacia el salón de clases. Cuando ya todos estaban sentados, inició el dictado del día. Los alumnos escribían presurosos, menos Lourdes, quien miraba sonriendo su dibujo colgado en una de las paredes, y repetía para sí:

—No tienen ojos.







Recreo. Revista Digital de Narrativas de la Escuela **es una publicación de**
LELE Círculo Literario de Maestr@s Oaxaqueños

Sus autores son profesores de educación básica
que comparten las historias de los personajes y acontecimientos de la escuela.

Deseamos que los maestros lectores de Recreo...
sean también escritores de nuevas historias.

Recibiremos sus colaboraciones a los correos:

lele.circuloliterario@gmail.com
gonzanic@yahoo.com